

LOS LAICOS EN EL ESTADO

Moral social

Autor: Don Manuel Lago González, lic. en Teología por la Universidad de Navarra.

lagogonzalezmanul@hotmail.com

Parte primera

El laico es entendido como un fiel de la Iglesia católica que no ha recibido órdenes sagradas. El laico de por sí tiene un lugar propio: ha de hacer el mundo conforme al pensamiento divino. Evidentemente hay otros laicos que se sienten al margen de la providencia divina: los laicos agnósticos, o sin más, desobedientes o inconscientes.

El mundo pertenece a los que tienen ideas adecuadas a él. Y la Iglesia en su entraña las tiene. Y los laicos católicos -formados debidamente- si no se han hecho con el carro del estado es por desidia, abandono, descuido, o inadvertencia. (El protestantismo "a se" es informe y anárquico y ácrata por falta de unidad propia de la universalidad de la autoridad divina).

Es preciso establecer con claridad la pertenencia del laico a la realidad mística con la que está marcada su alma: es miembro de Jesucristo y como tal está vinculado al misterio excelso de la Santísima Trinidad. Y esa realidad mística abarca a las realidades sociales y estatales y demás. El mundo es de Dios y ese es el terreno de su unión con Él.

Es verdad que la sociedad, aglutinada en el estado, no es un campo uniforme y simple. Hay variedad de soluciones. Pero hay algunas que -para la sabiduría católica- no lo son tales, no son soluciones sino disoluciones. Cuando falta esa sabiduría, -la poca que hubiere y donde la hubiere está inacabada- se produce un grave mal proporcional a la misma falta. La falta de por sí no es un bien, sino una carencia.

Los católicos superficiales o mal formados, de hecho activa o pasivamente producen graves daños en razón de su vacuidad. Serán guiados por los grandes grupos que pretenden organizar la sociedad sin la ley divina y universal. ¡Real, práctica, natural, conveniente; Entre estos grupos está la masonería que no quiere que la Iglesia católica sea la maestra de fe y moral a fin de que la Humanidad pueda formar una unidad moral.

Por lo tanto el laico ha de servir a Dios en la sociedad civil, especialmente en la configuración del Estado. Además del laico como individuo, hemos de considerarlo agrupado. La unión hace la fuerza, la desunión los convierte en hojas llevadas por su inconsistencia y por su autismo bestial (así se tildaba al hombre que no constituía sociedad/ es. (El Judaísmo se mantuvo en pie gracias a la Sinagoga. Sin ella hubiera desaparecido tiempo ha; y de hecho, de los samaritanos desterrados, que no contaron con ella, nunca más se supo). Si el mundo está mal es porque los católicos no han desarrollado los tesoros divinos. Las ideas católicas han de vertebrar infinidad de sociedades y, de modo principal, al estado. La jerarquía católica no debe permitir que ese gravísimo deber de sus fieles quede en papel mojado, puesto que con ese "dejar pasar", - los fieles ven que nunca les pasa nada -, y viven en la impune e inmune levedad. La jerarquía no invade el terreno laical si les obliga a que sean realmente -y todo lo plural que se quiera- lo que deben ser, y no puede permitir que sean lo que no deben ser.

Es tan magnífica la tarea de los laicos en el mundo que no se puede entender cómo no pugnan para vertebrarse -en cuanto tales- con el Papa. Vertebrarse, engarzarse con Roma en cuanto laicos, desde todos los grandes y serios quehaceres terrenales, susceptibles todos de moralidad. En ello se está jugando el mundo y su futuro, se están causando inmensos males o bienes. Y eso por ninguna otra razón más que por el mismo hecho de ser laicos -estado propio de la Iglesia- miembros vivos de la sociedad -que para ellos- siempre es de hijos de Dios, a los que es preciso servir. Esto les pertenece por deber y derecho propios. De hecho no hubo ni puede existir la Iglesia sin laicos. Han de instalarse en el Corazón de la

Iglesia porque sus actividades en el mundo alojan grandes deberes morales.